

EL ANILLO DE HANS CARVEL

Fredric Brown

Érase una vez que vivía en Francia un próspero aunque ligeramente envejecido joyero llamado Hans Carvel. Además de ser un hombre estudioso y entendido, resultaba un hombre admirable. Y un hombre al que le gustaban las mujeres, pero que, por unas razones u otras, y aunque no llevase una vida de célibe, había conseguido permanecer como bachiller hasta aquel momento: bueno, digamos que su edad era de sesenta años y no mencionemos ya en qué dirección la había encauzado.

A aquella edad, se enamoró de la hija de un alguacil: una joven y hermosa muchacha, animada y vivaz, un plato capaz de saciar el apetito de un rey.

Y se casaron.

A las pocas semanas de aquel feliz matrimonio, Hans Carvel empezó a sospechar que su joven esposa, a quien amaba profundamente, era demasiado animada y demasiado vivaz. Y que todo cuanto era capaz de ofrecer a su esposa - además del dinero, cosa de la que disponía abundantemente - quizá no bastase para contentarla. ¿Quizá no?, se preguntaba. Seguro que no.

No sin falta de razón, empezó a cavilar, hasta que estuvo prácticamente seguro de que ella completaba su vida amorosa con algún - o posiblemente algunos - hombres más jóvenes que él.

El pensamiento fue abriéndose paso en su mente. De hecho, le condujo a un estado de distracción tal que las pesadillas le atenazaban casi todas las noches.

En uno de aquellos sueños, cierta noche, se encontró a sí mismo hablando con el Diablo, explicándole el dilema, y ofreciendo el tradicional precio por algo, cualquier cosa, que asegurase la fidelidad de su esposa.

En el sueño, el Diablo asentía amablemente y le decía a Hans:

- Te daré un anillo mágico. Lo encontrarás cuando despiertes. Mientras lleves el anillo, a tu esposa le resultará completamente imposible serte infiel sin tu conocimiento y consentimiento.

Y el Diablo se esfumó y Hans Carvel despertó.

Y encontró, efectivamente, un anillo y descubrió que lo que le dijo el Diablo era totalmente verdad.

Pero su joven esposa también se despertó y le dijo:

- Hans, cariño, no es para tu dedo. Eso no se pone ahí.

FIN